

Cuento con voz



CADÁVER

Debo reconocer que siempre he sido un poco testarudo. Tal vez por eso tardé tanto en convencerme de que estoy muerto.

Hace unas semanas (eso creo, desde que fallecí pierdo cada vez más seguido la noción del tiempo), desperté con una extraña sensación de vacío. No era ligereza ni pesadez, simplemente una especie de absurda ingravidez. Como si hubiera dejado de ocupar espacio. Mi esposa, que hasta ese día siempre me despertaba con un beso antes de salir para su trabajo, ya no estaba a mi lado. Grité su nombre pero cuando miré el reloj comprendí que ya tenía que estar camino a su oficina. Me bañé y me vestí. Desayuné sin disfrutarlo, soportando una creciente inquietud, procurando a toda costa trivializarla, ignorarla.

Llegando al paradero donde siempre tomo el bus, una mujer se estrelló conmigo. Algo que suele pasar y que no tendría importancia alguna excepto por la expresión de su rostro.

Estoy seguro de no exagerar cuando afirmo que me miró como si yo fuera un fantasma. Con los ojos abiertos, el ceño fruncido y visiblemente extrañada me dijo, casi en un susurro.

- Le juro que no lo vi.
- No se preocupe – le respondí, un poco confundido.

La mujer siguió caminando. Yo la observé durante unos segundos antes de sentir que alguien me arrollaba. Era un hombre de contextura mucho más gruesa

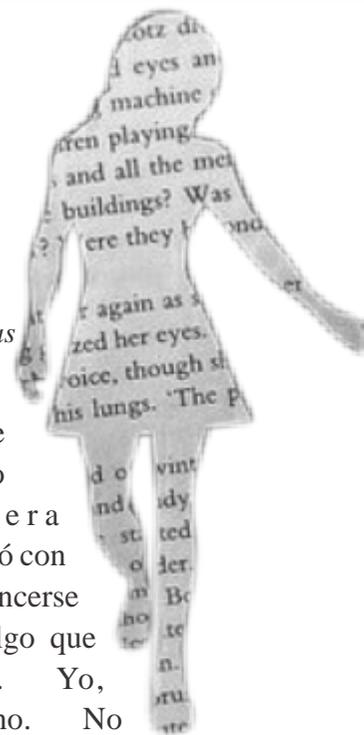
Álvaro Vanegas

que yo, de unos treinta años, que también actuó como si yo simplemente me hubiera materializado de la nada. Me miró con atención, como si quisiera convencerse de mi existencia, y balbuceó algo que supongo fue una disculpa. Yo, sencillamente seguí mi camino. No entendía nada.

Antes de poder situarme por fin en el estrecho paradero en espera del vehículo que me llevara hasta el centro de la ciudad, cerca de la oficina, me estrellé con otras dos personas, y a otras tres tuve que, literalmente, esquivarlas. Se me venían encima como si de verdad no pudieran verme.

Cada vez era más obvio que la gente no me percibía, era como si yo fuera un empaque vacío.

Al llegar el bus me situé en la pequeña fila para abordar, justo detrás de una mujer que cargaba en sus brazos a una niña de dos o tres años. La niña se quedó mirándome fijamente durante varios segundos. Yo, ingenuo de mí, le sonreí y espeté un “Hola”, mientras agitaba mi mano derecha. La niña rompió a llorar. No era una pataleta, era un llanto real que me hizo sentir incómodo, sobre todo cuando varias personas, que, eso estaba claro, no habían reparado en mí hasta ese momento, ahora me miraban con una expresión que, entre otras cosas, reflejaba un curiosidad malsana. Decidí que no era buena idea ir a trabajar. Con toda la calma que mis alterados nervios permitían, caminé hasta la



parte posterior del bus, aun sintiendo el peso mezquino de varias miradas, abandoné el medio de transporte y esquivando gente por doquier corrí a buscar un taxi, en busca de un médico.

El portero de la sala de urgencias tampoco se percató de mi presencia hasta que le hablé casi gritando, pero yo no estaba sangrando, y, haciendo honor a la verdad, nada me dolía, por eso no fue posible que me atendieran en ese momento. Mis poco convincentes palabras tratando de explicar mi crítico estado no fueron suficientes. Tuve que pedir cita, como si aquello admitiera espera. Tres días después, tiempo en el que me quedé sin esposa y trabajo, el médico, que ya había probado varios fonendoscopios, cinco termómetros, me había hecho no menos de un millón de preguntas y había llamado para que me vieran, ahí mismo en su consultorio, a varios colegas suyos, me decía, lo que yo ya sospechaba. En esos tres días fueron varios los incidentes relacionados con mi nueva condición de “fantasma”, por llamarlo de alguna manera, los que tuve que sortear. El doctor, antes de hablarme, me miró por largo rato. No sé si estaba midiendo sus palabras, o era que yo le resultaba, desde el punto de vista médico, fascinante.

– Lo siento, pero... – hizo una pausa, ahora sí midiendo sus palabras, y aumentando en mi la ansiedad – usted está muerto – yo guardé silencio, no es fácil encontrar las palabras ante una noticia de semejante calibre. El doctor continuó – en los últimos años se han venido dando varios casos aislados en todo el mundo – hizo una pausa, supongo que esperando una vez más que yo dijera algo –

por favor no entre en pánico, la primera persona que fue diagnosticada con este extraño síndrome sigue en pie, y ha logrado tener una vida relativamente normal como participante de realidades.

Yo seguí sin responder y el doctor prosiguió con su discurso sobre mi condición, discurso que yo dejé de escuchar pocos segundos después para perderme en mis propios pensamientos. Pasaron varias horas para que recuperara el habla, mientras imaginaba cómo sería llevar una vida en la que nadie se apercebiera de mí, en la que apenas si ocuparía espacio. Pasó poco tiempo para descubrir que en realidad, no me importaba. Esa sensación también era nueva y sumamente placentera. No me interesaba en lo más mínimo, ni eso, ni nada.

Y así fue. Fallecí, según mis precarias cuentas, hace unos tres meses. Mi esposa no creyó que eso fuera posible, pero varios doctores, chamanes y gurús de toda clase coincidieron. Demoré un poco pero al fin me convencí, estoy muerto, y no, no me importa.

He conocido varios como yo, después de todo no es tan grave, todo lo contrario, se siente muy bien. La vida que llevaba antes, llena de sensaciones inútiles, de remordimientos, de culpa y de dolor, ahora la siento tan ajena que casi me parece que nunca ocurrió.

Somos como cualquier otra persona, hacemos lo mismo que todos: Vamos por ahí (es posible que te hayas estrellado conmigo), consumimos (y mucho), reímos (a veces), vemos televisión (todo el tiempo), leemos (algunos, aunque muy poco) y, en resumen, actuamos como uno más... sólo que estamos muertos.

